



FIN DEL DÍA

Atardecer de otoño en un pueblo albaceteño de la ribera del Júcar. Tras un paseo por su única calle, me quedo fuera, contemplando el paisaje. Con la sequía y el inusitado calor de este otoño, casi todos los árboles conservan las hojas, menos los kakis, que deslumbran con sus frutos anaranjados entre ramas desnudas. El frescor de las higueras y los tonos dorados de cinamomos, almeceas, olmos y otros árboles de ribera, se ha diluido en la oscuridad. El río discurre en verde mansedumbre entre bambús hasta derramarse en cascada... me llega su incesante rumor y permito que mi mente se vacíe de pensamientos. Cada día más pronto, el día ha terminado y la noche lo llena todo. De vez en cuando, el crujido seco de una hoja que cae. O un sonido de pasos leves en la hojarasca; quizás es un gato que ha salido a cazar.

En medio de la quietud, se escucha el canto de un grillo. Todavía, a pesar de que hace muy poco fue Santa Cecilia. Empieza a refrescar. Buscando calor, aprieto unas hojas arrancadas a un árbol que guardaba en mi bolsillo. El sonido del grillo se atenúa hasta extinguirse por completo y decido entrar en casa donde me esperan amigos, comida y fuego.

Luna velada.

Queda en mi mano

perfume a laurel.